

## LA IMPORTANCIA DE COLOMBIA EN EL DESARROLLO DE LA POESIA HISPANOAMERICANA

Escribe: CHARLES LLOYD HALLIBURTON

— V —

Se acaba de ver cómo algunos herederos del Modernismo, agotada la herencia, se pusieron a labrar nueva fortuna. Más jóvenes que ellos, y nacidos sin esa herencia, hubo otros poetas que se dedicaron a la nueva industria: la de la metáfora a toda ultranza, la de la metáfora ultraísta. Guillermo de Torre (España-Argentina, 1900) impuso la afortunada palabra "Ultraísmo" para calificar la literatura de vanguardia. En 1919 ya se llama "ultraístas" a todo un grupo, de españoles e hispanoamericanos. "Ultraísmo" alude a un más allá, juvenil y liberador, a un deseo de rebasar las metas. Los "ismos" que aparecieron —ultraísmo, vanguardismo, cubismo, postumismo, superrealismo, estridentismo, etc.— eran ecos de los de Europa. Pero esta vez los hispanoamericanos nacidos en los umbrales del 1900 produjeron casi simultáneamente a los europeos. Nunca antes habíamos estado tan cerca de sincronizar nuestros relojes con los de Europa. Es difícil estudiar esos "ismos" porque, al principio, se propusieron no existir como literatura. Debe estudiárselos en dos pasos. El primero es el de las revistas; el segundo es el de los libros. Entre las revistas de la literatura de vanguardia debemos mencionar las argentinas *Proa* (1924-1925) y *Martín Fierro* (1924-1927), la cubana *Revista de Avance* (1927-1930), la mexicana *Contemporáneos* (1928-1931), la uruguaya *Alfar*, que sobrevivió hasta 1954. Las revistas son interesantes para una historia no tanto de la literatura como de la vida literaria. A veces se dieron allí exceso, disparates, locuras, chacotas, nihilismos y escándalos. La poesía no podía andar así. Tuvo que aceptar la coherencia. Después de todo un poema, por irracional que sea, debe ofrecer un mínimo de sentido para que pueda ser genérico y comprensible. Algunos poetas, obstinados en sus desatinos, desaparecieron o se convirtieron en sombras o se quedaron golpeando las baterías del "jazz band". Otros se salvaron con el libro, buscando una justa conciliación entre la fantasía y la lógica. A estos poetas que supieron salvarse son los que queremos discutir en esta parte del artículo. Pero no sería justo menospreciar la negación del pasado literario, por loca que fuera, de los primeros vanguardistas. Al buscar la metáfora desnuda, eliminando las formas conocidas del verso, cumplieron una función necesaria. Lo malo de esos enardecidos metaforistas era que,



sin advertirlo, cedían a una superstición: la de creer que las metáforas valían en sí, por virtudes más o menos mágicas. No digamos la crítica, pero aún la crónica de esta actividad literaria es difícil de hacer no solo por su falta de seriedad, por su alocado desorden, por el corto tiempo que duró, sino porque había otras tendencias y todas se mezclaban. Ultraístas hasta la muerte, renegados del ultraísmo, enemigos del ultraísmo. Pero no se crea que el ultraísmo da la clave de estos años. Hubo excelentes poetas que crecieron como si el ultraísmo no existiera. Los prosistas complican aún más el panorama porque en cuentos y novelas se dan estilos con lindos afetes, estilos a la pata la llana y —como máxima novedad— estilos “feístas”, es decir, de deliberada poetización de lo feo.

Después de 1930 empezaron a aparecer obras de un nuevo grupo de escritores. Los vanguardistas de la posguerra se habían jactado de una “nueva sensibilidad”: los que aparecieron después de 1930 se jactarán de una “novísima” sensibilidad. ¿Qué era esa sensibilidad? Nadie pudo diferenciarla, mucho menos definirla. Pero ya entonces Ortega y Gasset había impuesto su idea de “la sensibilidad vital de cada generación” y la consigna era pertenecer a toda costa a una generación. El prurito fue tal que desde entonces no se ha cesado de inventar generaciones: del 40, del 45, del 50, del 55, etc. Más generaciones de las que humanamente pueden caber en lapso tan corto. Los escritores que aparecen en la década de 1930 no traían los consabidos “anti” con que toda generación suele presentarse a la palestra. No fueron antimodernistas porque Rubén Darío era ya un tema bibliográfico, muerto y enterrado en los programas de literatura de los colegios secundarios. El modernismo era un presente en las clases, es decir, un pasado clásico. Tampoco fueron antivanguardistas porque no tomaban en serio la orgía de “ismos” de posguerra. Esa literatura se había negado a sí misma: no era posible negarla más. Los ultraístas firmemente construída: los jóvenes que empezaron a publicar desde 1930 no podían estar contra esas promesas. Sea, pues, porque el pasado se hubiera hecho inexpugnablemente clásico o porque se hubiera desintegrado solo hasta no ofrecer resistencia o porque hubiera pedido una moratoria, lo cierto es que no se sentían desilusionados. Desde 1930, en cambio, el cielo se fue cargando con nubes de tormenta. El primer signo fue la crisis económica que convulsionó al mundo entero. Y concomitante, la crisis del liberalismo. Los éxitos crecientes de Hitler, desde 1933, ponían los pelos de punta. La guerra civil en España y el fracaso de la República probaron que la causa de la libertad en el mundo estaba perdida y que comenzaba una nueva época de violencia, tiranía y estupidez. Luego, cuando estalló la guerra en 1939, las gentes no leían libros sino que buscaban las terribles noticias de los periódicos. Esta serie de golpes, en Europa y con resonancias nacionales en toda nuestra América, hizo difícil la creación literaria; una vez creada, la literatura tampoco conseguía hacerse oír. Tal era el estrépito del mundo.

En Colombia, al grupo de “Los Nuevos” sucedió el de los “pedrace-  
listas”, así llamados por sus cuadernillos de poesía “Piedra y cielo”. Que tomaran el título de ese libro de poesía de Juan Ramón Jiménez fue ya una definición. Sin embargo, no hay solo juanrramonismo, sino también nerudismo; y, sobre todo, hubo acentos singulares. Promotor de “Piedra y cielo” fue Eduardo Carranza. El grupo estaba formado, además, por Ar-



turo Camacho Ramírez, Darío Samper, Tomás Vargas Osorio, Gerardo Valencia, Carlos Martín y otros. Todos estos piedracelistas hacían poesía un poco como intelectuales: es decir, informándose inteligentemente sobre la poesía que hacían otros (los españoles Juan Ramón Jiménez, Salinas, Diego, Alberti, García Lorca y los americanos Huidobro y Neruda). Impusieron así un arte de sutilezas verbales y experiencias estéticas que hasta entonces había sido resistido por el público. Su función renovadora fue, pues, importante.

Y hay otros poetas importantes de Colombia, pues, es imposible incluir todos: León de Greiff, Rafael Maya, Germán Pardo García, Eduardo Carranza, Carlos Castro Saavedra, etc.

Y la literatura vino a complicarse ahora con nuevos fenómenos. La mayor densidad demográfica de la república de las letras —nunca tantas personas han escrito tanto como ahora en nuestra América dio representación a todos los gustos. Fue como un terremoto que desenterrara todas las capas geológicas y las yuxtapusiera. Sin perspectiva, ya no sabemos qué es lo superior. Además, la cultura del mundo ha sido re-estructurada con violentos cambios en los prestigios nacionales, con simultaneidad de varios centros creadores de valores reñidos entre sí. Las técnicas de información ofrecen cada día un completo panorama universal. La literatura no vive ya de París, ni siquiera de Londres, de Madrid, de Moscú o de Roma: es planetaria. El resultado es que en el menor círculo literario se da un microcosmo donde hay de todo. Ni siquiera es posible excluir la literatura “mal escrita” porque escribir mal —el feísmo, el “que me importa”, el chorro abierto por donde sale aún la inmundicia— viene a dar expresión al alma desesperada de nuestra época. En las tres direcciones de la literatura contemporánea —una literatura comprometida con realidades no literarias, una literatura dirigida desde fuera de la literatura y una literatura regulada por leyes puramente literarias— se dan todas las posturas estilísticas.

Los poetas que aparecen en estos años tienen, por lo general, un tono melancólico, elegíaco, grave, pesimista, introspectivo. Podría llamárseles neorománticos, a condición de que agregáramos en seguida que sus poetas favoritos no eran románticos, sino superrealistas como Neruda, simbolistas como Rilke, concentrados como T. S. Eliot, fabuladores como Saint-John Perse, y, si miraban hacia el pasado, era más bien para admirar las formas de los poetas españoles del Renacimiento. Esas influencias anotadas —ya de por sí contradictorias— son todavía más complejas si las observamos de cerca. El superrealismo, por ejemplo, se transforma en un existencialismo; en otros —por el camino social y político de Neruda y Vallejo— se transforma en comunismo más o menos lírico; en otros, en un catolicismo que, por el lado del culto a la tradición, lleva hacia el culto a la patria.

Respetuosos de las innovaciones del vanguardismo, prefirieron —dijimos— continuarlas con seriedad. Por eso admiraban al Neruda de la última época, desde *Tercera Residencia* en adelante, el Neruda que afirmaba la existencia de cosas reales, que no intentaba crearlas. Es una vuelta a la realidad, pero no directamente, sino por los suburbios de la metafísica. El resultado es que muchos de los que decían afirmar lo hu-

mano, lo nacional, lo vital, se perdieron en el camino y no llegaron nunca a la realidad. En vez de metáforas creacionistas, mencionaban las cosas mismas aunque es evidente que tales menciones eran, en el fondo, también metáforas. Metáfora, por ejemplo, es afirmar que “la poesía no crea”, sino que “descubre y recupera lo que está naufragando en la oscuridad de nuestro ser”. Los poetas católicos, por su parte, afirmaban la vida en actitud de atención y aún de amor al hombre y todos sus bienes. Las cosas reales se les ofrecían para que las celebraran haciéndolas entrar en el canto. Pero al fundar así la realidad, reconocían lo sobrenatural, el lazo con el misterio.

Entre los católicos son los colombianos Ramiro Lagos, fundador del *testimonialismo*, y Oscar Echeverri Mejía de la Academia Colombiana de la Lengua. La localización del poeta Echeverri Mejía en sus propias palabras “se la ha llamado ‘pospiedracielista’, pues en realidad los ‘poetas del 40’ somos herederos directos del movimiento en cuestión. Hoy en día —por lo menos en lo que a mí toca— estamos independizados de esa fenecida corriente, a la que tanto debemos, fuerza es confesarlo. Yo definiría mi poesía como lo hizo Carlos Martín hace algún tiempo: ‘Ajeno a los cenáculos y a la demagogia literaria, el poeta canta con la sana alegría del hombre nuevo de la nueva Hispanoamérica que contempla el espectáculo de la naturaleza con hambre de creación y con sensibilidad de muy depurados quilates’”.